

TITULO: LA MONTAÑA DE LA FELICIDAD

AUTOR: LUNA

Ir de vacaciones a casa de su abuelo Lucas era lo mejor de todo. Disfrutaba mucho de su compañía. Largos paseos al lago Sinko hacía que las conversaciones entre los dos no se acabaran nunca.

Aquel verano, Jaime esperaba con ansiedad ver a su abuelo. Vivía en una casita junto a la montaña de la Felicidad. Tenía ese nombre tan peculiar porque al llegar a la cima, la vista era tan espectacular que sólo podías sentir felicidad por estar allí.

_ ¡Abuelo! ¡Ya estoy aquí ¡ gritó Jaime cuando llegó al patio.

Su abuelo salió al oír los gritos de su nieto y lo recibió con un fuerte abrazo y beso.

Era su nieto favorito, bueno, a decir verdad era su único nieto. Con nueve años era todo un hombrecito. Quería disfrutar de él todo lo posible .

_ Te veo muy grande, Jaime. Ven, vamos a tomar una taza de chocolate y galletas de manzana que he preparado esta mañana.

Después de merendar, decidieron dar un paseo por el lago. La tarde estaba muy soleada, pero los árboles tenían buena sombra. Se contaron muchas cosas. pero el abuelo tenía algo que decirle.

_ El otro día bajé al desván y me puse a hacer limpieza. Sabes que tengo un montón de trastos y como no los uso, los tiré. Pero me encontré un baúl muy interesante que a lo mejor te gustaría ver.

_ ¡ Sí, sí ¡ ¡Vamos a verlo ¡

El desván de la casa era grande. Estaba cubierto de madera barnizada. Ciertamente, su abuelo se había esmerado en hacer limpieza. Pero junto a la pared del fondo, lucía un

baúl de aspecto viejo.

_ Este baúl era de mi padre, o sea, tu bisabuelo Federico. Cuando murió, se quedó arrinconado y no tuve interés por él. ¿ Lo abrimos?

_ ¡ Claro! Estoy frito por saber qué hay dentro.

El abuelo Lucas sacó una llave grandota de una caja de galletas que tenía en la estantería y la metió en la cerradura del baúl. El chirrido dolió en los oídos. Poco a poco el abuelo Lucas levantó la tapa y el misterio quedó al descubierto. Miramos con curiosidad y lo primero que vimos fue el brillo de una pequeña llave dorada. Un viejo sombrero, una chaqueta de cuadros y unas botas altas era el contenido del baúl. La ilusión se fue volando.

_ ¡Qué pena!, no hay nada más. Y no hay caja para abrir con esa llave.

El abuelo estaba tan desilusionado como su nieto. Sin darse cuenta, rebuscó en los bolsillos y sacó un papel doblado que estaba amarillento.

_ ¿Qué es eso, abuelo?

_ No sé, quizás sea una carta. Lo abro y salimos de dudas.

De forma cuidadosa, desplegó el papel y se encontró con un texto y una especie de mapa dibujado en tinta negra.

Jaime se puso tan nervioso que tuvo que sentarse en un escalón de la escalera. Su abuelo comenzó a leer:

_ Quien lea esta carta y siga todos los pasos, encontrará mi gran tesoro. Recuerda que en la vida no todo es material. Existe algo mejor y que marcará para siempre tu vida.

Al norte del lago Sinko, junto a la gran piedra blanca, subirás el sendero con dirección a la gruta del Gran Perro. Contando veinte pasos hacia el interior, encontrarás una ranura en el techo a mano izquierda. Mete con cuidado la mano y hallarás una pequeña llave.

Retrocede los veinte pasos y dirígete al olivo de dos troncos que está en la montaña de la

Felicidad. En uno de los troncos debes encontrar la marca de una cruz. Justo debajo debes excavar y encontrarás lo que buscas.

Abuelo y nieto se quedaron quietos reconsiderando lo que habían leído. Sin duda alguna, el misterio estaba servido. Encontrar el tesoro era todo un reto.

_¿ Te apetece seguir los pasos del mapa para ver qué encontramos, Jaime?.

_ Si, abuelo. Me gustaría ver lo que hay enterrado al pie de ese olivo.

_ Mañana iremos temprano. Subamos y preparemos la cosas.

Cuando Jaime se acostó, ya tenía su mochila preparada. No podía dormir de sólo pensar en la gran aventura. Miró las estrellas desde la ventana de su habitación. Poco sabía de su bisabuelo Federico. Tendría que investigar quién fue. Ver alguna foto o saber dónde vivió comenzó a interesarle. Al menos tenía una letra muy bonita. Segura y derecha. Ya preguntaría por la mañana a su abuelo.

Amaneció un poco nublado. Cuando fue a desayunar , su abuelo le indicó que lo esperaría junto al lago.

_ No te olvides de la gorra y la cámara de fotos, Jaime. Prepararé la barca.

A la media hora, estaban sentados en la barca de madera remando hacia el norte del lago Sinko. Tardarían como una hora en llegar. Jaime aprovechó para despejar sus dudas:

_ ¿Quién fue el bisabuelo Federico?

_ Mi padre, un señor muy respetado por todos. Era justo y agradecido. Procedía de una familia de origen indio y llegó a estas tierras en busca de pastos para su rebaño de caballos. Era un buen conocedor de ellos y los criaba para el ejército. Aquí había todo lo que buscaba y se quedó. Un día fue a la ciudad para vender una remesa y se enamoró de una hermosa mujer llamada Virginia, mi madre. Mi padre construyó la casa en la que ahora vivo y decidieron casarse. Durante años vivieron con mucha felicidad hasta que nació yo, lo máximo a lo que podía aspirar. Era el fruto de su amor. Crecí rodeado de naturaleza

pura. Mi padre me enseñó a montar a caballo. Salíamos muchas veces los tres a cabalgar hasta la montaña de la Felicidad. Ese nombre se lo puso mi padre en honor a mi madre.

Un día, mi madre quiso probar un caballo pura sangre preparado para entregar al ejército. Mi padre y yo estábamos en el prado con los otros caballos. A rato comenzó a llover y regresamos pensando en una sopa caliente y el calor de la chimenea. Mamá no estaba y eso alertó a papá. Oímos un relincho y era el caballo que llegaba solo. Papá salió con unos trabajadores en busca de mamá. y la búsqueda tuvo terribles consecuencias. La habían encontrado muerta junto a unos árboles. El caballo debió asustarse y la tiró dándose contra un tronco. Papá y yo nos quedamos solos. La muerte de mamá se escapaba de las metas que papá tenía. Se convirtió en un hombre triste. Apenas salía de casa y los caballos los dejó a cargo de sus trabajadores. No quería saber nada de ellos. Y claro, yo sufrí las consecuencias de ese abandono. Me ignoraba. Sólo estaban él y su mundo perdido.

Un día, me vió subido a un caballo y se volvió loco. Llegó corriendo y me hizo bajar.

Le hice ver que no pasaba nada, la vida seguía su camino . Él había perdido una gran esposa, pero yo había perdido una madre y un padre. Eso no era justo. Un simple accidente había destrozado una familia y yo no podía crecer sin la ayuda de mi padre. Me miró con sus grandes ojos y creo que pudo entender mi tristeza. Unos días más tarde, mi padre fue a la montaña de la Felicidad y estuvo ahí solo toda la mañana, pero cuando regresó, todo cambió. Yo diría que era el mismo hombre que antes del accidente. Nunca supe el porqué. Quizás este mapa nos lo diga después de tantos años.

Jaime estaba asombrado con la historia de sus bisabuelos. Nadie le había contado nada. Bueno, reconocía que era pequeño para entenderla. Quizás más adelante

Cuando llegaron a la orilla, encontraron la Gran Piedra Blanca. Subieron el sendero hasta la cueva del Gran Perro. Era enorme. Sacaron las linternas de las mochilas y comenza-

ron a contar los veinte pasos. Efectivamente, había una ranura en el techo y Jaime metió su mano y sacó una pequeña llave.

_ Mira abuelo, ya tenemos la llave y ahora, ¿qué?

_ Vamos al olivo de los dos troncos y veamos qué encontramos.

La montaña de la Felicidad era grande. Tenía varias cuevas y unos olivos increíblemente grandes. Se veían que eran muy viejos. Pero casi en la cima, apareció a nuestra vista uno que tenía dos gruesos troncos. Parecían dos árboles en uno. Como dos personas unidas en Se fijaron bien y encontraron la cruz marcada en el tronco más grueso.

_ Bueno, ahora toca excavar. ¿Estás preparado? Creo que esta tierra está un poco dura para meter la pala.

_ Estoy frito por saber lo que hay.

_ ¿De dónde has sacado esa expresión de “estoy frito”?

Jaime se echó a reír y le contestó:

_ Cosas de ciudad, abuelo. Sin duda, el campo es otra cosa.

El abuelo Lucas, un poco dudoso, comenzó a excavar. Jaime ayudaba apartando la tierra que su abuelo sacaba. Cuando ya pensaban que no había nada, la pala chocó con algo metálico. Se miraron y ansiosos terminaron por sacar una caja con un pequeño candado.

Se sentaron cansados observando la caja misteriosa. El bisabuelo Federico no había equivocado su mapa. Allí estaba esperando que alguien la abriera.

_ ¡Vamos abuelo, coge la llave y ábrela!

El abuelo se levantó y con la llave que encontró en la cueva, la metió en el candado quedando abierto al momento. Jaime se fijó en el ligero temblor de las manos de su abuelo. Estaba nervioso. Algo había dejado su padre que él desconocía.

Abrió la tapa y lo primero que vio fue una foto de su madre. Le acompañaba una carta.

Jaime cogió la foto mientras su abuelo trataba de leer el papel un poco amarillento. Su

bisabuela Virginia era muy guapa. Tenía una dedicatoria: “ A mi bien amado esposo”.

_ ¿Qué dice la carta abuelo?

_ Mi padre escribió unas disculpas a su querido hijo. Reconoce que se murió de pena con la muerte de su esposa y que no supo cuidar lo que ella le dejó. Su regalo. Su hijo. No se había dado cuenta de que otros sufrían la pérdida de Virginia tanto ó más que él. Yo necesitaba crecer con el recuerdo vivo de mi madre. Que la felicidad que un día encontraron juntos debía seguir viva en el recuerdo. La pena y la tristeza sólo la destruiría y no podía consentirlo. El amor que se habían tenido era su gran tesoro.

_ Jamás pensé que aquel día mi padre hubiera reaccionado así.- dijo el abuelo Lucas .

_ Aquí hay una cajita pequeña, abuelo, pero está cerrada con llave.

_ Seguro que es la llave que encontramos en el baúl del desván. La dejé en casa, Jaime.

_ Regresemos y la abrimos con tranquilidad. Esto promete mucho.

Ya en casa, se acomodaron en el sofá del salón. Observaron la cajita con detenimiento. Parecía de plata mejicana. Tenía unos grabados que el abuelo Lucas no los había visto nunca. Cogió la llave, la metió en la cerradura y abrió a la primera vuelta. Lo que había dentro los dejó boquiabiertos.

Tres monedas de oro brillaban con todo su esplendor. Eran muy antiguas. Pero les llamó la atención una cajita de terciopelo rojo. Contenía un colgante. Era una cadena de oro con una hermosa piedra verde. Quizás fuera una esmeralda. También había un pequeño papel doblado.

El abuelo Lucas lo abrió y leyó con detenimiento:

_ Si eres tú, hijo mío, quién lee este papel, te diré que las tres monedas de oro es un recuerdo de tu abuelo Txamun, un indio mejicano llegado a estas tierras huyendo de las guerras. Se trajo esta caja de plata con las monedas y la esmeralda Luna. Llamada así en recuerdo de su madre.

Este colgante se lo regalé a tu madre en señal de amor el día que tú naciste. Cuando la ví allí tendida en el suelo el día que murió, tenía el colgante apretado en la mano. Quizás su último aliento fuera para mí. Todo nuestro amor apretado con fuerza en su mano para que no se le escapara con la muerte. No te desprendas nunca de él. Así recordarás a tu madre. Lo importante de esta vida no es lo material, sino el sentimiento de amor hacia los demás. Esa es la verdadera riqueza. Nos hace ser hombres de bien. Recuérdalo siempre. Te llevaré en mi corazón . Eres el tesoro más valioso que nunca tuve. El abuelo Lucas estaba llorando de la emoción. Tantos años esperando una respuesta y la tenía tan cerca que no supo verla. Su padre vivió por y para el amor. Lo demostró en su madre y en él.

_ Abuelo, tu padre te quiso mucho. A lo mejor como tú me quieres a mí. ¿Verdad? Lo tomó de la mano y le dio un fuerte abrazo. Para Jaime, su abuelo era un hombre bueno, honesto, lleno de sorpresas, sabía cómo entretenerlo. Simplemente era su abuelo.

_ Eres lo mejor que me ha pasado después de tu padre. Cada segundo que pasas conmigo es un suspiro de vida que me das. Sí, te quiero mucho. Es cierto que lo dijo tu bisabuelo Federico, no solemos decir lo mucho que queremos a alguien y se nos pasa la vida hasta que ya no hay remedio. Somos orgullosos para decir TE QUIERO cuando es lo más bonito que podemos dar y decir. Jamás debemos arrepentirnos de un sentimiento como ese.

El abuelo se levantó y abrió un arcón de madera tallada que había en un rincón del salón. Lo abrió y sacó un bonito edredón de cuadros de muchos colores.

_ ¡ Qué bonito, abuelo! . ¿De quién es?

_ Ahora es tuyo. Lo hizo mi madre para mí. Nunca me desprendí de él porque me transmitía paz cuando estaba triste. Es bueno que ahora lo tengas tú. Seguro que te ayu-

dará mucho.

_ Gracias, abuelo. Lo guardaré como un gran tesoro.

_ Pensándolo bien, creo que el contenido de la caja se la daré a tu padre que por derecho ahora le corresponde y seguro que luego pasará a ti y tú se la darás a tus hijos. Jamás debe venderse pues estaríamos vendiendo el amor de nuestros antepasados y no hay dinero en el mundo para eso. Espero que no se te olvide nunca, por muy pobre que seas, la honestidad ante todo.

_ Lo recordaré siempre, abuelo.

_ Creo que necesito una taza de chocolate con galletas de manzana. A lo mejor tú quieres una

_ Sí, tanta sorpresa junta me ha abierto el apetito.

Abuelo y nieto se fueron a la cocina juntos, pero cada uno en su interior sentía emociones nuevas. Sobre todo Jaime . Aquella carta le había abierto una ventana al mundo. Un mundo por descubrir.